

El Duero

Miguel Huertas Torres

El Duero es un río, todo el mundo lo cree así, pero ya no estoy tan seguro, tras haberme detenido varios minutos a su lado, que los doctores en poesía denominan orilla. Las doctoras, igual, pero con más encanto.

Y es razonable mi duda; me siento un rato a su lado y le pregunto, aún sin tener gran confianza, por ser la primera vez que nos vemos tan cerca, ¿eres un río de verdad? ¿Qué es ser un río?, no me contestó, así al pronto y quedé hecho un lío. Junto al río.

En ese volátil instante, un pez dejó verse a prudente distancia, entablando conversación al respecto; nada más verlo le espeté ¿conoces el arte de la natación? Perfectamente, me contra-espetó, apoyado de panza sobre una ramita de abedul, que por allí se atrancó. Le dije, cuéntame cómo sois y cómo vivís los peces.

Los peces somos sustancialmente diferentes de vosotros, malignos pescadores, que sólo sabéis darnos caña; para empezar, se nos distingue fácilmente en el sexo, porque en nuestro caso son las hembras las de los huevos, en lugar de los machos, y no por ello somos menos machos. Y eso lo sabéis hasta vosotros, ignorantes, porque cuando queréis designar un hombre muy fuerte, un hombretón, le decís que está hecho un cachalote ¿o no estoy bien informado?

Llevas razón, pero no entiendo lo de las hembras con huevos, porque un manjar que dicen muy selecto los entendidos en paladar fino, es el caviar, que aseguran son los huevos de esturión.

No te enteras, Contreras, contestó chulescamente; vosotros distinguís entre hombre y mujer, masculino y

femenina, pero de aquí abajo gozáis profundo desconocimiento; puede deberse al bajo grado que desarrollan las ministras, quienes ignoran la existencia del pez y de la peza, por lo que no se cita tal distinción en el correspondiente currículo fluvial de la ESA.

La ESO, corregí encantado de pillar un fallo al sabihondo este.

croaba un poco y enseguida quedó escuchando en silencio nuestra perorata, sin osar interrumpirla.

Quedé asombrado de la enjundia que tomaba la circunstancia vital que me imbuía, pasando instintivamente la mano sobre mi cabeza, aún adornada con media docena de frágiles pelos, exagerando algo su cantidad; consternado advertí uno

“Los peces somos sustancialmente diferentes de vosotros, malignos pescadores, que sólo sabéis darnos caña; para empezar, se nos distingue fácilmente en el sexo, porque en nuestro caso son las hembras las de los huevos, en lugar de los machos, y no por ello somos menos machos”

No, la ESA, insistió y aclaró: enseñanza simplista ambulatoria. Hube de aceptarlo.

Haré un respiro, porque llegado a este punto de novedosa información, se me tambaleó la caja del intelecto cognitivo, quedando mi mente en situación de completa inactividad, tal como quedó la aviación europea con la erupción del volcán islandés, días pasados.

No había podido reaccionar aún, cuando una rana, recién salida de la metamorfosis, asomó sus ojos saltones y se encaramó a una piedra muy húmeda, a pocas yardas de distancia. Tengo que revisar mi Manual Métrico, por si “pocas yardas” no es la distancia exacta a que asomó. Menos mal que la rana, tan joven, no sabía hablar, solamente

enredado en un dedo y consideré culpable aquel bonito peine de carey, el de finas rayas horizontales que recorrían las no menos finas púas verticales, por lo que, enojadísimo, lo arrojé al cubo de la basura, cerrando herméticamente la tapa, en evitación de su fuga al exterior. Hablo del peine, el pelo lo recogí cuidadosamente para volverlo a su sitio al instante.

Sigo. No todos los ríos sois iguales, aduje, porque conocida es la afición del Ebro a pasar desapercibido, hasta la cita la copla, “el Ebro guarda silencio al pasar por el Pilar”, por el contrario, tú, Duero pasas por Zamora, bella ciudad adornada por veintitrés iglesias de estilo románico, a más de otros muchos monumentos civiles de va-

rias épocas, sin contar los destacados edificios del llamado estilo modernista, algo más flojos arquitectónicamente hablando, pero de mucho encanto visual; sí, pero a su vera está el Duero que así te llaman y en vez de pasar sigilosamente, como el Ebro, en alguna época debiste cruzar hecho un bruto, o los que por allí circulaban lo eran, conclusión que saco al ver los restos de un gran puente romano que hubo, del cual solamente quedan tres vetustos aglomerados de piedra, sobresaliendo resobados por el agua. Ni siquiera la descomunal zancada del gigante Polifemo podría conseguir cruzar tus orillas, sin mojarse el trasero. Tan desacoplados dejaste los tres vetustos esos que aludo.

Y pienso, cosa que hago por equivocación, cuando el puente romano está destrozado, muy bruto debió ser quien lo destrozó, pues sabido es que en todas las poblaciones españolas y hasta de allende las

fronteras, que presuman de precisar puente, los hay en número mínimo de dos, el moderno, destacada obra de ingeniería civil y el romano; el primero siempre es apto para todos los públicos y el segundo, obligatorio para camiones y vehículos pesados, o sea, el romano es el resistente; de donde se deduce que si en Zamora se lo cargaron...

De repente, desperté sobresaltado al paso de un ruidoso camión, que hacía la ruta frigorífica de la coca, de Coruña a Cádiz, transportando sardinas frescas para Calabria. No hallé pez, ni rana, ni río, ni nada; solamente la carrasca de La Sandalia se compadecía de mi pobre humanidad, resguardándome apenas del asfixiante calor del agosto manchego. Me voy, usted perdone.

Cartas

“Defensa de la ideología política”

Sr. director:

En el Pleno municipal de abril del Ayuntamiento de Tomelloso, durante el turno de ruegos y preguntas, en conmemoración de su centenario IU pidió el reconocimiento y una calle al insigne poeta Miguel Hernández, a lo que la Sra. Novillo, concejala de Cultura (digo bien, concejala de Cultura) no tuvo empacho en responder que “esta moción llega tarde y en la exposición de motivos se hace más hincapié en la defensa de su ideología política”, aunque eso sí, no lo estropeó del todo al concluir con que “su valía como poeta está fuera de duda”. Menos mal. (*El Periódico del Común de La Mancha* página 8 N° 423/Comarca de Tomelloso).

Claro que no se adivina “defensa de la ideología política” poniendo una calle a Juan Pablo II. Quizá resultase más exacto denominarlo “defensa de una confesión religiosa”, una excepción que confirma la norma de imparcialidad en la cosa de los cultos de nuestras autoridades locales. Dejémoslo así. Y a los/as más suspicaces, les recuer-

do que los señores ministros nunca se metieron ni se meten en política, y muy bien que hacen.

Tampoco hacemos “defensa de la ideología política” con calles y avenidas dedicadas a alcaldes franquistas.

O si invitamos como mantenedores de la Fiesta de las Letras a luminarias intelectuales como Luis María Ansón, Fernando Savater, Sánchez Dragó, etc. Ni hay que tomárselo a mal por traer a Pío Moa para explayarse con sus falsedades sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo (al que echa de menos).

Qué decir de que nos visite un señor cuyo mérito principal es escribir tonterías e insultar a la gente no afín a su rancísima ideología (Alfonso Ussía).

Sra. Concejala de Cultura: ¿algo que reprochar a Miguel Hernández por su actitud política, empatía con los/as desposeídos/as y defensa de la democracia frente al fascismo, hasta tener que pagar con su vida por ello?

Tenía entendido que la integridad de una persona guardaba relación con un sistema de valores dado, tales como la ética, la solidaridad, la honradez, la capacidad de

sufrimiento, la rebelión contra las injusticias, el trabajo bien hecho o el compromiso con su tiempo. Cualidades estas -y muchas otras- que el añorado poeta de Orihuela reunió en su breve existencia.

Fracccionar o recortar la vida, pensamiento, y obra de un hombre cabal (tomando lo que nos interesa y restando importancia o silenciando lo que no), que además tuvo el coraje de elegir en circunstancias tan dramáticas, es un insulto a su memoria.

Manuel Sánchez Patón